

MARIA DE NAZARET, MARIA DE VENEZUELA

IMAGENES DE MUCHOS COLORES

Hay tantas imágenes de María y tan distintas que no resulta muy fácil entender cómo puedan referirse todas a la misma persona. Y sin embargo cualquier observador puede comprobar que tanto católicos como ortodoxos vivimos pacíficamente esta multifacética refracción de la única imagen histórica de María de Nazaret. Más aún, nos entusiasma que así sea. Incluso es una de las actividades en las que se refleja de modo más vivo la espontaneidad del pueblo católico: la iniciativa ha sido casi siempre particular y sólo en un segundo momento y no sin reticencias (muy justificadas por cierto) ha intervenido la jerarquía para aceptarlas en los lugares públicos de culto y reconocerles una veneración. Hoy es arduamente debatido en la práctica el tema de la inculturación del cristianismo en América Latina, África y Asia. Y sin embargo desde hace muchos años proliferan con pacífica aceptación de la jerarquía y entusiasmo del pueblo de Dios imágenes de María con rostro de mujer indígena, mestiza, mulata, negra, india, malaya y china.

IMAGENES ¿DE QUIEN?

La teología latinoamericana se caracteriza entre otros rasgos por su especial sensibilidad hacia el tema de la idolatría. Así como el cristianismo del mundo occidental desarrollado se preocupa sobre todo por la secularización y la increencia, nosotros introducimos una sospecha radical: El que se proclama ateo ¿lo es o idolatra? ¿vive la pura relatividad o hace de algo un absoluto a quien sirve?; y quien se proclama creyente del único Dios ¿cree en efecto en el Padre de Jesús o adora a algo creado, sacralizado bajo el mismo nombre divino? Nuestra presunción es que nosotros, como los israelitas, como todos los hombres y pueblos, tendemos casi irresistiblemente a la idolatría. Nuestra sospecha es que nuestra sociedad "occidental y cristiana" es también idólatra. El dinero y el poder suelen funcionar entre nosotros como Señores, es decir como absolutos frente a los que las personas son convertidas en relativas, como fetiches a los que es sacrificado el pueblo. Por eso para nosotros, como para Jesús (Lc 13,25-27; Jn 8, 41-47) no basta con

nombrar a Dios y estar afiliados a la religión verdadera. Eso sin más no decide sobre si uno es creyente o idolatra. No en balde el primer mandamiento del decálogo es no hacer ídolos sino atenernos al Dios liberador (Ex 20, 2-4).

Por eso frente a las imágenes de María de Nazaret tenemos la obligación de hacernos la misma pregunta porque siempre existe la posibilidad de que las convirtamos en ídolos. La podemos formular así: ¿cómo distinguir cuándo una imagen de María corresponde a María de Nazaret y cuándo funciona como la proyección idealizada del tipo de mujer que prevalece en una sociedad? O dicho de otro modo: ¿Llamamos Señora a María de Nazaret o llamamos María al prototipo de señoras de nuestra sociedad?

RASGOS DE MARIA DE NAZARET

Si poseyéramos un retrato físico de María es obvio que no podría justificarse la pretensión de venerarla a ella en el retrato de otra mujer. Pero no poseemos ese retrato, ni pintado ni hablado. Entonces ¿vale imaginar cualquiera? Sí, pero con tal que no colida con otros rasgos personales de María de Nazaret que sí conocemos por los evangelios. Porque lo que se afirma directamente en los evangelios está allí por su relevancia salvífica, es decir porque sí es significativo teológicamente. ¿Cuáles son esos rasgos?

María de Nazaret, como Jesús, nació y vivió pobre en medio de su pueblo (Lc 2, 24; Cf Lv 12,8). Su pueblo era un pueblo pobre, sometido y despreciado, en la periferia de un imperio (Lc 2, 1-2). Cuando Jesús volvió como profeta a donde se había criado fue despreciado por ser hijo de María (Mc 6, 1-6). Esa condición social y cultural era sin embargo para ella tan fundamental que el hecho de verse favorecida por Dios fue interpretado por ella como la culminación del obrar parcial de Dios que "derriba del trono a los poderosos y exalta a los humildes, a los hambrientos colma de bienes y despide a los ricos con las manos vacías" (Lc 1, 52-53). De aquí puede deducirse que una imagen de la Virgen que pretenda ser de María de Nazaret tiene que representar a una mujer pobre, a una mujer del pueblo porque eso fue ella, eso quiso ser ella y eso quiso Dios de ella. Lo contrario sería avergonzarnos de ella. Es bueno que uno quiera lo

mejor para su madre; pero es obvio que qué sea lo mejor no lo puedo sacar de los criterios que prevalecen en mi sociedad sino de lo que Dios ha revelado como mejor. Dios, más que nosotros, quiso lo mejor para María y ella también lo quiso y quién más que Jesús buscó lo mejor para su madre; y sin embargo ni a Dios ni a María ni a Jesús se les ocurrió que lo mejor podía hallarse fuera de su condición popular. Si a nosotros eso nos parece demasiado bajo es porque nuestro criterio no es el del Espíritu, porque nuestro modo de pensar no es el de Jesús (Cf 1 Cor 1, 17-2, 16).

Otro rasgo de María de Nazaret es que era una mujer de fe, es decir atenta a la voz del Señor, dándole vueltas a los acontecimientos para situarse en ellos como Dios quería. María es la que escuchó la palabra de Dios, la que creyó, la que puso en práctica el designio de Dios (Lc 1, 38.44; 2, 19.51; 8, 19-21; 11, 27-28). De ahí que esa mujer del pueblo deba ser representada con una actitud atenta, vigilante, meditativa, solícita.

Como el designio de Dios es la liberación de su pueblo, el resultado de poner en práctica el designio de Dios es la solidaridad. Por ser una mujer según el corazón de Dios, eso es María: una mujer solidaria (Lc 1, 36-40.56; Jn 2, 1-5). Por eso María de Nazaret debe ser representada como una mujer del pueblo que colabora, que intercede, que ayuda, que sirve, como una sirvienta.

La solidaridad con el designio liberador de Dios que se realiza en Jesús lleva a la pasión. Por eso María es la Dolorosa, la madre con el corazón traspasado (Lc 2, 35), la madre del reo que, frente a las autoridades y los guardias, da la cara por su hijo torturado (Jn 19, 25-27). Esta mujer del pueblo debe ser por eso representada como la madre del preso perseguido por causa de la justicia, la madre digna, valerosa, serena en su dolor, que no se quiebra sino que da la cara.

En esta hora cumbre de la solidaridad es cuando la Madre del Torturado se convierte en la madre de los torturados, de los solidarios, de los que siguen el camino de Jesús. Era natural que el Mártir del Gólgota la entregara al discípulo fiel para que la cuidara. Es natural que el Señor encomendara a María de Nazaret, la mujer fiel, la tarea de solidificar la fe de los discípulos, educar sus corazones, recibir a los que se quebraron para perdonarlos y rehabilitarlos, unir al pequeño grupo que sería el embrión de los que a través de todos los tiempos tienen la misión de llevar adelante la causa de Jesús. Por eso esta mujer pobre debe ser representada recogiendo a los pecadores, robusteciendo a los solidarios, acuerpando a este pueblo en marcha hacia la liberación.

Estos rasgos se dan en una mujer que ahora vive en el país de la vida, por eso pueden ser representados con gloria, con la gloria de Dios.

Pero, mucho cuidado, que la gloria de Dios no es el poder y la gloria de los reinos de este mundo (Lc 4, 5-8), no es la gloria que se dan los opresores (Jn 12, 42-43). Es la belleza de la fe solidaria tal como resplandeció en esta mujer del pueblo.

MARIA DE NAZARET: MARIA DE VENEZUELA

Estos son los rasgos significativos de María de Nazaret. Con ellos debemos componer a María de Venezuela. Y sólo si acertamos en la correspondencia, veneraremos a María de Nazaret. Ya que sólo tenemos acceso a estos rasgos a través de nuestra historización. Por eso los artistas han tendido certeramente a actualizar siempre la figura de María de Nazaret. Este intento puede ser exitoso o idolátrico, pero no puede ser evitado. El intento arqueológico está cerrado. El Espíritu del que María estuvo colmada alienta en la historia. Sólo en la fidelidad a la historia que nos toca vivir accederemos a María de Nazaret en el Espíritu (aunque siempre aceche el inevitable peligro del ídolo). De ahí que para nosotros María de Nazaret sólo puede ser María de Venezuela: Una mujer del pueblo, llena de fe, atenta a Dios, abierta a la voz de Dios en los acontecimientos, solidaria, valerosa en el dolor que lleva aparejada la lucha de la liberación. Qué reto tan apasionante para pintores, escultores, poetas, músicos... plasmar estos rasgos y la gloria de ellos, su belleza, que es la gloria de Dios. De este modo María de Nazaret como María de Venezuela será no sólo la Madre de Jesús sino la de su cuerpo histórico que en nuestro país ama, sufre, lucha y espera.

UNA PROPUESTA PARA EL AÑO MARIANO

En esta nueva evangelización que hemos emprendido para esta nueva Venezuela ésta es una de las tareas más profundas, más fecundas, más preciosas: concebir y dar a luz a María de Venezuela que sea nuestra María de Nazaret.

Gracias a Dios esta tarea no está desprovista de antecedentes históricos. Mencionemos uno, bien singular por cierto: El pueblo zuliano ha convertido a la imagen española convencional de Nuestra Señora de la Chiquinquirá en La Chinita. He aquí un duelo singular entre la imagen visual y la imagen acústica. La pintura representa a una mujer blanca, pero el pueblo canta a la "auténtica Virgen de rostro bronceado". Con profunda congruencia cristiana prevalece el oído sobre la vista (Cf Jn 20, 29): la patrona de Maracaibo es una goajira: La Chinita.

En este año mariano ésta sería una hermosa tarea que SIC quiere proponer a sus lectores, como nosotros, sus redactores, nos la proponemos a nosotros mismos.